

# Historiar

## *futurizar*

El Salvador. Historia de un Colegio, futuro de una Universidad. Dos instituciones simbolizadas en dos hombres: Guillermo Furlong e Ismael Quiles. Y detrás de ellos otra institución al servicio de la Iglesia y de la comunidad: la Compañía de Jesús.

El Salvador cumple, en realidad, más de cien años. Nació en 1617, casi con el país, y fue bautizado con el nombre de "Loreto". Dio sus primeros pasos en la Plaza de Mayo, entre la Pirámide y la Casa Rosada. Alcanza su mayoría de edad en 1662, al trasladarse a la calle Bolívar. Allí, sus viejos muros sobrevivirán como un trozo de historia incrustada en el actual Colegio Nacional.

Como el fundador de la orden ya había sido canonizado, es rebautizado con el nombre de "San Ignacio". Junto a él crece la iglesia de San Ignacio, con el aporte económico de protestantes del Río de la Plata. Este simple hecho nos esboza otra imagen de la Compañía de Jesús, no nacida para luchar contra alguien, sino para estar al servicio de la Iglesia.

1767 es el año de la despedida, de la expulsión. Pero felizmente el clero secular continuará la obra del Colegio. Tras la expulsión por el Rey de España, la supresión, decretada por el Papa, a quien la Compañía quiso servir.

Otra generación de jesuitas retornará al Río de la Plata, para continuar, en 1835, la tradición de los antiguos maestros. Pero sus relaciones con el gobernador, Juan Manuel de Rosas, se vuelven cada día más ten-

sas. Es así como, en 1841, el Superior decide que se abandone Buenos Aires, en una decisión no compartida por todos los Padres.

Años después, el presidente Derqui escribirá al Padre General, Anderledy y al Papa Pío IX, pidiendo el retorno de los jesuitas. Y en 1868 se inicia el período centenario del Colegio, en Callao, con el nombre de "El Salvador". Un cambio de nombre, en la Biblia, significaba un cambio de misión, como vemos en el apóstol Simón que recibirá de Jesús el nombre de "Piedra". Y no nos parece ilusorio ver, en el nuevo nombre del Colegio, el signo de la apertura, más allá de la propia orden, a la universalidad de la Iglesia, y un énfasis puesto en lo esencial del cristianismo: la fe en el Salvador. Aún en esto se mostraron discípulos de San Ignacio, quien no permitió que su nombre quedara ligado al de la orden.

La historia del Colegio nos descubre una visión de futuro que será heredada por la Universidad del Salvador. Cuando hace un siglo Buenos Aires era apenas un esbozo de la actual cosmópolis, el Colegio se instala en las afueras, "en el campo", en Callao, previendo el futuro de la urbe. Hoy, la Universidad, nacida en Callao, mira hacia los bañados de Flores, buscando dar vida y cultura a una zona de "marginados". Entiende que la misión de la universidad, hoy, está signada por su función social.

Cien años simbolizan un período completo, como el milenio. Los primeros cristianos vivieron fascinados por el sueño de los mil años, el reinado ideal de Cristo en

la tierra, al fin del mundo. Olvidaron, sin embargo, el simbolismo bíblico de los números. Los primeros hombres, aún cercanos al paraíso y al árbol de la vida, alcanzan edades fabulosas de casi mil años, que simbolizan la plenitud de la vida humana prometida por Dios en los orígenes.

Casi todos los símbolos religiosos han sido "secularizados" en Occidente, para ser

Así como el problema de la vejez no consiste en añadir años a la vida sino, más bien, vida a los años, es decir, no en "durar" sino en "existir", el sentido de un centenario no dimana tanto de la cantidad de años acumulados cuanto de la experiencia y de los valores adquiridos. Una apreciación cuantitativa es substituida, de este modo, por otra cualitativa. La celebración de un centenario,



**HISTORIAR**  
1879

utilizados, incluso, contra la misma religión donde nacieron. Así ocurrió con las ideas de igualdad, libertad y fraternidad. Y el sueño de un reinado de mil años estremeció a Europa, hace apenas una generación, aunque el imperio se derrumbó en doce años.

El ciclo de los cien años ejerce igualmente una poderosa fascinación sobre la imaginación del hombre. Significa una especie de edad límite, a la que el hombre se aproxima sin alcanzarla generalmente. Los grandes aniversarios de la vida humana, las bodas de plata, de oro y diamante, se escalonan, con su parábola de quilates, como participaciones, cada vez más intensas, del arquetipo secular.

El siglo es concebido como poseyendo una unidad intrínseca, un sentido en sí mismo y una totalidad. Al margen del residuo de idealismo, que arrastran tales concepciones, observamos que los sistemas filosóficos, políticos o sociales suelen llenar el período de un siglo, lo cual nos permite hablar, por ej. del "Siglo de las luces". En estos casos, el siglo (forma) posee un contenido.

por tanto, no se asimila a un premio, por haber llegado, sino a una revisión y un sentido de responsabilidad por lo que se ha traído. Y tal vez el mejor aporte del Colegio del Salvador, en su centenario sea el sentirse cuna de una universidad por sólo lo cual pasará a la historia de la educación argentina.

Este sentido del progreso humano encuentra su origen, propiamente, en la concepción cristiana de la historia. Los paganos, antes y después del cristianismo, han concebido la historia como un retorno a los orígenes, a la edad primordial. Los ritos permitían al hombre revivir las epopeyas de los dioses, ocurridas en el tiempo original y expresadas en los mitos. El cristianismo, aunque presente una aparente semejanza con las concepciones paganas, implica, en el fondo, una ruptura fundamental con las mismas. Los mitos del eterno retorno, imaginados por similitud con los procesos de la naturaleza, que muere y revive anualmente, ceden su lugar a Cristo, el Señor de la Historia, a la cual le da un sentido y una meta. Jesús, con su acción salvadora, libera al



hombre de la Naturaleza para constituirlo en Historia. Avanzamos hacia un término que está más allá de nuestras propias posibilidades.

El aniversario, en la perspectiva de la fe cristiana, no es ya una simple repetición, un romántico revivir los años idos que se pretende rescatar en la perennidad del bronce, sino una profunda apelación a la existencia humana en su responsabilidad por la generación siguiente. La memoria pasa a fecundar la imaginación y el recuerdo tiende a transformarse en prospectiva.

Los antiguos suponían que las artes y las técnicas no habían sido inventadas por el hombre, sino enseñadas por los dioses en los orígenes, o robadas al cielo, como el fuego de Prometeo. Por eso la tradición, es decir, el conservar y transmitir fielmente los conocimientos y las costumbres recibidas de los antepasados, venía a transformarse en norma primordial de Sabiduría. Para la concepción cristiana de la historia, por el contrario, que no es cíclica o repetitiva, sino lineal o progresiva, el hombre vive en esperanza de algo que le ha sido prometido.

surrándole que el amor tiene algo de inmortal.

La historia ya ha dejado de ser una simple reconstrucción del pasado. Es, en primer lugar, el modo de interpretar el presente. Así lo ha comprendido el psicoanálisis, al retomar los temas de los antiguos mitos griegos, como el de Edipo, para sondear las profundidades del hombre de hoy. Y, sobre todo, así lo vive el cristianismo al prometer la salvación, es decir, la liberación del propio egoísmo, mediante la fe en el Jesús histórico.

La Compañía de Jesús, en su obra educacional, ha comprendido que no se trata de seguir repitiendo un método o un sistema, de vivir narcotizados con la fama de los antiguos jesuitas. Hay que mirar el futuro. Por eso, los superiores de la orden en América Latina afirman *"la urgencia de que nuestros Colegios y Universidades acepten su papel de agentes activos de la integración y la justicia social... La situación de A. L. nos exige un cambio radical: infundir en nuestros alumnos primariamente una actitud de servicio a la sociedad, en cuya transformación deben colaborar, y una eficaz preo-*

## FUTURIZAR

1968

comprendiendo que la medida de su humanidad se encuentra en la aproximación a esa meta.

Tradición, por tanto, ya no expresa relación a un pasado, que ha de ser conservado, sino a un futuro, que debe ser construido. Es el pasado el que recibe su sentido de futuro, y no lo contrario. Es la esperanza la que hace latir nuestro corazón, su-

cupación por los marginados, en cuya promoción deben trabajar" (Carta de Río, nº 7). Sólo con tales principios y una leal decisión, tiene sentido la celebración de un centenario educacional, que, de otro modo, sólo serviría para replegarnos sobre un pasado, traicionando nuestra misión en la Iglesia y en la comunidad.

Ignacio Pérez del Viso S.J.

